

CARLOS FUENTES: RECOMPONER EL MOSAICO MEXICANO

HASTA 1958, año de la aparición de *La región más transparente*, la revolución mexicana constituía el tema casi exclusivo de la literatura de México. Carlos Fuentes inició entonces un proceso de búsqueda de la identidad mexicana, englobando en novelas-ensayos los múltiples aspectos que forman la realidad de un país tan complejo, sus corrientes subterráneas, sus continuas frustraciones.

En aquella novela (*La región más transparente*) —sin duda, la primera obra literaria posrevolucionaria—, relataba Fuentes y analizaba las mil facetas contradictorias de la vida mexicana, sus distintas capas sociales, raciales e históricas; más tarde, en *Zona sagrada* (1957) describe el mundo de la burguesía mexicana, instalada ya en la sociedad de consumo, pero con un trasfondo de sacrificios rituales, como si las formas más avanzadas de la vida económica mexicana no lograsen borrar el pasado, que se vuelve a presentar en forma de ritos mortales.

Ahora Carlos Fuentes (nacido en México en 1928, y embajador de su país en Francia), acaba de publicar su novela más ambiciosa y compleja, *"Terra nostra"* (*), en la que profundiza su búsqueda; acude a los orígenes del castellano, de la Historia de España, para comprender mejor lo que es su país. Ha ido a encontrar las raíces hispánicas de México...

C. F.—No, es algo más que eso nuestra tierra. Una es la concepción que tiene el Rey Felipe; otra es la concepción que tiene el peregrino que va al Nuevo Mundo; otra es la concepción de los hombres que terminan nuestro milenio en París; otra es la concepción de los hombres que luchan en México en mil novecientos noventa y dos contra una invasión norteamericana, contra un Vietnam en México; otra es la concepción de la tierra nuestra que tiene un pintor, que tiene un astrólogo, que tiene un hereje; hay una multitud de tierras superpuestas cuya unión y cuya interrelación finalmente forma esa "terra nostra" que está en la Tierra, pero que también está en el cielo, en el infierno y en el purgatorio.

RAMON CHAO.—La herencia hispánica no es un elemento desconocido.

C. F.—En América Latina, la cultura española da pie a muchas controversias. O se niega o se glorifica, y aún surgen polémicas entre los partidarios y los adversarios de

Hernán Cortés. España nos creó y nos destruyó, al mismo tiempo. La lengua española se convirtió en un cadáver, en el siglo dieciséis.

R. CH.—Precisamente, en *"Terra nostra"* te entregas a un trabajo de recreación de la lengua del Imperio. ¿Es con afán crítico, como una especie de exorcismo?

C. F.—No, no; si tú ves la cosa más de cerca, no hay sólo la lengua imperial que está ahí y está criticada bajo una luz irónica, está también una lengua popular que viene de muy lejos; no hay que olvidar

C. F.—Pero también había sido —debemos subrayar esto— una lengua de cultura y una lengua popular. Siempre me ha llamado mucho la atención que Alfonso el Sabio le hubiese encargado la redacción de sus grandes obras a una especie de "brain trust" judío de la época, que escribió precisamente en castellano la Historia, las Partidas, etcétera..., y no como era la costumbre culta en latín. ¿Por qué? Porque el castellano era la lengua de las clases marginadas de España, no hay

siderado como revolucionario en América Latina. Nosotros tenemos que inventar poéticamente el idioma que se ha hablado en nuestros países desde hace cuatro siglos. Y que no ha dejado ningún rastro escrito.

"La carencia de un teatro específicamente latinoamericano me parece muy significativa a este respecto. No tenemos esos foros en los que se intercambian palabras, donde viven y se modelan los idiomas.

R. CH.—Es muy difícil pensar lo que hubiera sido la Historia con otros elementos. Pero, ¿qué sería hoy México sin el castellano? ¿Cómo influyó este idioma en la formación de la mentalidad mexicana?

C. F.—Yo siempre he pensado que ahí hay un grave problema. Es el siguiente: el castellano es la lengua de los conquistadores, es la lengua del amo. De ahí, yo creo, la manera particular como se habla el castellano en México. Las lenguas indígenas de México son lenguas que se hablan con trinos, con susu-

Ramón Chao

que hay una lengua popular elaborada en España, que no es la lengua de los clérigos, que es la lengua del pueblo, que es una lengua forjada en contacto con otras culturas, notablemente con la cultura judía y la cultura musulmana y yo hubiera querido, no sé si lo he logrado, que esto esté presente también ahí. Hay una preocupación también mía que informa toda la novela desde su origen, desde el punto de vista de lenguaje, y es la pausidad de la actual lengua castellana que tanto se ha subrayado, esa lengua ocupada de la cual ha hablado Juan Goytisolo. Bueno, creo que gracias a los esfuerzos de nuestros poetas y novelistas, poco a poco vamos desocupando la lengua para invadirla con toda la riqueza latente que está allí desde hace mucho tiempo: la gran riqueza de la lengua castellana, que fue una de las grandes lenguas universales, hasta que fue soterrada y sacrificada por las condiciones políticas, religiosas, morales que conocemos de sobra, para reducirse a la pausidad de un editorial de "ABC" o de un discurso político de Fulano o Zutano. Es mucho más que eso, la lengua castellana, y uno de los intentos de mi novela consiste en recoger ese inmenso caudal, esa riqueza fabulosa que existe para designar, para nombrar, para bautizar, para expresar. No tienen por qué quitarnos eso. Es parte de nuestro patrimonio. Yo he querido rescatarlo en *"Terra nostra"* en su totalidad.

R. CH.—De todas formas, cuando llegó al Nuevo Mundo, la lengua castellana ya había participado en una conquista —en varias, incluso— en la Península. Américo Castro piensa que los Reyes de Castilla no quisieron debilitarla con usos que no fueran objetivos (bólicos), utilizando el gallego para la finca y la mística. Y Antonio de Lebrija escribió aquella frase esclarecedora: "Siempre la lengua fue compañera del Imperio".

que olvidar esto; no era la lengua imperial. La lengua imperial era el latín en todo caso, la lengua culta, la lengua de la élite. El castellano fue empleado como lengua de un burguesía ascendente o como lengua de un contagio popular de las estructuras feudales. Yo creo que la lengua de verdad no es solamente un elemento imperial; es un len-



Carlos Fuentes: "España nos creó y nos destruyó".

guaje popular también. Pero en América Latina, en las fórmulas de cortesía, en los discursos, en los periódicos, en el cine se utiliza una lengua muerta. La otra está enterrada en las profundidades de la sociedad, o en el inconsciente de la burguesía.

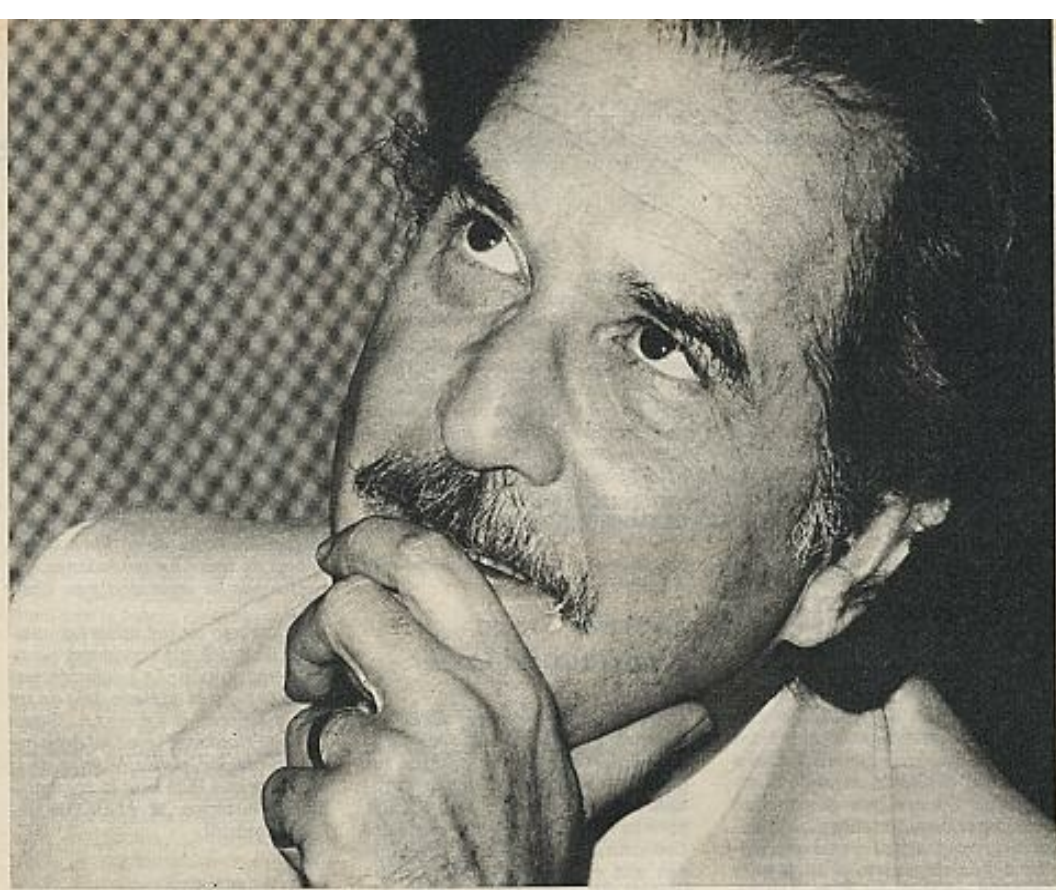
R. CH.—Es la que hablan los hijos de Sánchez...

C. F.—Precisamente; es una lengua despreciada, encerrada en una especie de "ghetto". Este lenguaje, encarnado por el pueblo, está con-

ros. El castellano es una lengua ruda. Alguna vez le preguntaba yo a León Felipe: "¿Pero por qué hablan tan sonado ustedes los españoles? ¿Por qué hablan tan fuerte? Eso nos resulta muy ofensivo a los mexicanos, a los peruanos o a los colombianos que hablamos con tonos mucho más suaves". Me contestó León Felipe: "¿Cómo no vamos a hablar fuerte si somos los primeros que gritamos: ¡Tierra!".

"Hay algo de eso, pero en principio la lengua castellana en Méxi-

(*) Editorial Seix Barral, Biblioteca Breve.



"El castellano era la lengua de las clases marginadas de España; no era la lengua imperial".

co se impuso como la lengua del conquistador. Entonces ese elemento de suavidad se acentúa hasta el grado de la esclavitud, a veces. Es la lengua con la que se le habla al amo. Es una lengua llena de diminutivos, de circunloquios con un particularísimo uso del subjuntivo; y cuando el amo da la espalda se convierte en una lengua de una violencia, de puñalada por la espalda, de **mentada de madre**, como decimos en México, espantosa; tiene esos dos aspectos: es lengua de la sumisión y es lengua de la rebelión también. Es la lengua del amo asumida para rebelarse contra el amo.

R. CH.—¿Cómo descubriste y asumiste tu mexicanidad?

C. F.—Tú sabes que yo soy hijo de diplomático, viví mucho en el extranjero de pequeño, no llegué a vivir en México, en realidad —aunque había hecho visitas— hasta los quince años; para mí, México era un México un tanto imaginario; el México que conocía por mi padre, por películas, por la Historia; pero siempre relato que asumí mi mexicanidad en mil novecientos treinta y ocho. Tenía nueve años. Yo iba a la escuela en Washington, me llevaba muy bien con mis compañeros, era un niño querido. Y vino el momento de la expropiación petrolera, la gran presión americana contra México, los encabezados amarillistas: "los comunistas mexicanos nos han robado nuestro petróleo", el "rojo Cárdenas, Presidente de México", etcétera. Y en ese momento me convertí en un apestado en la escuela. Me di cuenta que era un marginado o al-

go distinto respecto a ellos; que no pertenecía a su comunidad, que pertenecía a otra civilización, a otra cultura, que era la de mi país.

R. CH.—En "Terra nostra" hay un largo y doble relato paralelo; por una parte, describes el ambiente de la corte de Felipe II...

C. F.—Bueno, de mi Felipe II, que no es el Felipe II histórico. Es Carlos V y Felipe II; tiene mucho de los dos y de todos los Austrias...

R. CH.—... y, por otra, narras la llegada de varios personajes a unas costas lejanas. ¿Qué has querido decir?

C. F.—He querido presentar la aventura del descubrimiento del Nuevo Mundo a través de los ojos de un individuo, no a través de los ojos de la épica, de la empresa colectiva o imperial. Aquí se trata de un naufrago que descubre México y que posiblemente está narrando un sueño, simplemente; éste es el sentido de este pasaje que se llama el Nuevo Mundo, de esa larga sección de la novela. Como te digo, la visión del Nuevo Mundo está despojada totalmente de su carácter imperial de conquista, de empresa, para ser la experiencia onírica de un hombre, nada más. Me interesaba subrayar esto porque hay ese elemento onírico y de lo maravilloso en el Nuevo Mundo que a veces no se percibe bien a través del hecho épico de la conquista.

R. CH.—Los que decía Bretón, que México es un país surrealista "avant la lettre". Para ti, el tiempo mexicano discurre de otra forma que en el mundo "normal".

C. F.—Bueno, sí; porque el tiempo mexicano no es un tiempo occi-

dental. El tiempo de Occidente se ha concebido siempre como una línea recta dirigida hacia el futuro, y a partir de la ilustración como una línea recta y dirigida a un futuro optimista de la realización del paraíso en la Tierra.

"No es la idea del tiempo mexicano donde coexiste, en efecto, el concepto lineal de Occidente, pero convive con un tiempo circular de eterno retorno a los orígenes; con un tiempo en espiral, de ascensos, con una especie de tiempos en mandala de múltiples pisos del tiempo, que coexisten. Esto es lo que hace de México un país mágico, maravilloso y peligroso también. Los relojes de México no son precisamente los relojes de Occidente.

"Para los indios, la Edad de Oro se sitúa en los orígenes, y no en el futuro. Quizá por ello la estructura de mis novelas reproduce la forma de la serpiente de Quetzalcoatl, que se muerde la cola.

R. CH.—Octavio Paz ha dicho que tú inventas el futuro redescubriendo el pasado, pero que lo haces con una careta.

C. F.—Yo trato de descifrar la máscara de la Historia, y a la vez creo otra con las palabras. No se puede avanzar a rostro descubierto por una sociedad enemiga; hay que ir enmascarado al asalto de las fortalezas.

R. CH.—En cierta ocasión hablaste de las frustraciones históricas y colectivas de México, lo que provoca una distancia casi infranqueable entre el deseo y el objeto deseado. ¿Crees que hay, pues, un fatalismo histórico en tu país?

C. F.—No, no creo que haya un fatalismo, ni mucho menos. Creo que ha habido una serie de interrupciones del proyecto histórico mexicano. Ha habido fuerzas de combate como en todos los países del mundo. En México, por las condiciones anímicas, físicas, del país, este hecho ha sido más difícil que en otras partes: primero, sufrimos el genocidio cometido por los invasores y la destrucción de las civilizaciones indígenas. Luego, la negación de nuestra herencia cultural española por la independencia, y no habremos de las invasiones y de las mutilaciones territoriales que hemos sufrido. Únicamente, a partir de la revolución mexicana de mil novecientos diez, México comenzó a edificarse como nación, como entidad cultural. Hasta entonces fue un país de compartimientos estancos, con un aislamiento terrible, con la violencia que crea el aislamiento y la represión a que induce la violencia.

"Yo creo que la violencia sólo puede ser exorcizada por la libertad y por la comunidad entera. Es la única manera de colmar esa serie de lagunas, de abismos históricos de nuestro pasado.

R. CH.—Cuando aceptaste la Embajada de París, hiciste una especie de apuesta en favor de Echeverría. Ahora, al término de su mandato, ¿crees que ganaste esta apuesta?

C. F.—Yo pienso que México ha ganado la apuesta: un país que estuvo a punto de desintegrarse —o derrumbarse— en un fascismo local después de los hechos del sesenta y ocho —y del divorcio radical entre la sociedad y el Estado, que culminó en mil novecientos sesenta y ocho—, y hoy representa, en el conjunto latinoamericano, otra posibilidad; y eso es debido, por un lado, a la conciencia de la situación que tuvo el Presidente Echeverría, que es claro que quiso encauzar el país hacia un tipo de democracia social, de diálogo, de participación, que eliminara la posibilidad de la represión o de la caída del fascismo, y al esfuerzo de muchísimos mexicanos, de muchísimas clases sociales, organizaciones, que pugnarán también en ese sentido. De manera que había una conjunción de fuerzas sociales y una voluntad del Estado para crear un país —como lo ha dicho Echeverría—, un poco más justo, un poco más libre; que no es la Arcadia, no es la Utopía, pero que es una comunidad más civilizada, más libre, de convivencia mejor.

R. CH.—¿Tú crees que ahora se puede apostar por López Portillo?

C. F.—Yo espero que sí. Es mi confianza de que la línea iniciada por Echeverría es irreversible. Yo creo que lo es, porque la otra opción es la opción de la represión, del fascismo, y en un país de la complejidad de México, del grado de desarrollo de México, esto conduciría simplemente a un baño de sangre y posiblemente a la intervención de los Estados Unidos. No queremos eso. ■ **Fotos: MARULL**